



La casa y el cerebro  
Un relato victoriano de fantasmas



Edward Bulwer-Lytton

Traducción del inglés e introducción a cargo de  
Arturo Agüero Herranz



IMPEDIMENTA



Un amigo mío, que es hombre de letras y filósofo, me dijo un día como entre bromas y veras:

—¡Figúrate! Desde que nos vimos por última vez, he descubierto una casa encantada en mitad de Londres.

—¿Realmente encantada? ¿Y qué había...? ¿Fantasmas?

—No puedo contestar a esas preguntas; lo único que sé es esto: hace seis semanas mi mujer y yo estábamos buscando un piso amueblado. Al pasar por una tranquila calle, leímos en la ventana de una de aquellas casas el anuncio: «Apartamentos amueblados». La ubicación nos

satisfizo; entramos en la casa, nos gustaron las habitaciones, las alquilamos por una semana y las abandonamos al tercer día. Nada ni nadie habría convencido a mi mujer de que se quedase más tiempo; y no me extraña.

—¿Qué visteis?

—Disculpa; no deseo que se burlen de mí y me tachen de soñador supersticioso, ni tampoco podría solicitar que aceptes bajo mi testimonio lo que tú, sin la evidencia de tus propios sentidos, tendrías por increíble. Déjame decirte solo una cosa: más que lo que vimos u oímos (respecto a eso, supondrías con justicia que éramos víctimas de nuestra imaginación alterada o de la impostura de otros), lo que nos ahuyentó fue un terror indefinible que nos atenazaba a ambos al pasar junto a la puerta de cierta habitación vacía en la que ninguno de los dos vio ni oyó nada; y lo más asombroso y extraño es que, por primera vez en mi vida, estuve de acuerdo con mi esposa, pese a lo estúpida que sea, y admití tras la tercera noche que era imposible permanecer una cuarta en aquella casa.

En consecuencia, la cuarta mañana llamé a la mujer que se encargaba de la casa y nos atendía, y le dije que las habitaciones no eran del todo

satisfactorias para nosotros, así que nos iríamos sin finalizar nuestra semana. Ella respondió secamente:

—Sé la razón; se han quedado ustedes más tiempo que los demás inquilinos. Pocos pasaron una segunda noche; nadie, antes, la tercera. Pero supongo que ellos han sido muy amables con ustedes.

—¿Ellos...? ¿Quiénes? —pregunté fingiendo una sonrisa.

—Bueno, los que rondan la casa, quienesquiera que sean; yo no les presto atención. Me acuerdo de ellos hace muchos años, cuando también vivía en esta casa, y no como una sirvienta; pero sé que algún día acabarán conmigo. No me importa... Soy ya vieja y, de todas formas, he de morir pronto: y entonces estaré con ellos, y seguiré en esta casa.

La mujer hablaba con una parsimonia tan lúgubre que, realmente, una especie de temor me impidió charlar con ella más por extenso. Le aboné la semana entera, y mi mujer y yo nos pusimos contentísimos de marcharnos a tan bajo precio.

—Excitas mi curiosidad —dije—; nada me

agradaría más que dormir en una casa encantada. Por favor, dame la dirección de esa que abandonaste tan ignominiosamente.

Mi amigo me dio la dirección y, cuando nos separamos, me encaminé derecho hacia la casa.

Se encuentra al lado norte de Oxford Street, en una arteria desangelada pero respetable. Estaba cerrada; no vi ningún anuncio en la ventana y no obtuve respuesta al llamar. Mientras ya me iba, un mozo de cervecero, que recogía jarras de peltre en el vecindario, me dijo:

—¿Busca a alguien en esa casa, señor?

—Sí, tengo entendido que se alquila.

—¡Alquilarse! Vaya, la mujer que estaba a cargo de la casa murió; tres semanas hace que lleva muerta, y no han podido encontrar a nadie que ocupe su lugar, aunque Mr. J\*\*\* ofreció una bonita suma. Ofreció a mi madre, que limpia para él, una libra a la semana solo por abrir y cerrar las ventanas, y ella no quiso.

—¡No quiso! ¿Y por qué?

—La casa está encantada; y a la vieja que estaba a cargo la encontraron muerta en su cama con los ojos abiertos de par en par. Dicen que el diablo la estranguló.

—¡Bah! Has mencionado a Mr. J\*\*\*. ¿Es el dueño de la casa?

—Sí.

—¿Dónde vive?

—En G\*\*\* Street, número \*\*\*.

—¿Qué es? ¿Tiene algún negocio?

—No, señor, nada en particular; un caballero soltero.

Ofrecí al mozo de las jarras la propina que se había ganado por su generosa información y me dirigí a ver a Mr. J\*\*\* en G\*\*\* Street, próxima a la calle que se jactaba de tener una casa encantada. Allí tuve la fortuna de hallar dentro a Mr. J\*\*\*, un hombre de edad avanzada, con el rostro inteligente y atractivos modales.

Le comuniqué mi nombre y mis intenciones con toda franqueza. Dije que, según había oído, la casa estaba supuestamente encantada; que sentía un intenso deseo de examinar una casa con una reputación tan equívoca; que me consideraría muy agradecido si me permitiese alquilarla, aunque solo fuera por una noche. Y no me importaba pagar por tal privilegio la suma que él quisiera pedir.

—Señor —dijo Mr. J\*\*\* con gran cortesía—, la casa está a su disposición durante el tiempo,

más o menos largo, que guste. Olvidémonos del alquiler. El agradecimiento será mío si es usted capaz de descubrir la causa de los extraños fenómenos que en el momento actual la privan de todo su valor. No puedo alquilarla porque no puedo conseguir siquiera una criada que la mantenga en orden y conteste a la puerta.

»Desgraciadamente, la casa está encantada, si puedo usar esa expresión, tanto de noche como de día; aunque por la noche los trastornos adquieren un carácter más desagradable y, en ocasiones, alarmante. La infeliz anciana que falleció allí hace tres semanas era una indigente a la que yo mismo saqué de un asilo de pobres; en su niñez había tenido trato con algunos miembros de mi familia, y una vez se vio en circunstancias tan favorables que había alquilado esa misma casa a mi tío. Era una mujer de educación distinguida y mente poderosa, y fue la única persona a la que logré persuadir de que permaneciera allí. En realidad, desde su muerte, que fue repentina, y las pesquisas del juez de instrucción, que dieron mala fama a la casa en todo el barrio, he desespchado de encontrar a una persona que se encargue de ella, mucho más a un inquilino, y de buen

grado la alquilaría gratis por un año a cualquiera que pague las tasas e impuestos.

—¿Hace cuánto tiempo que la casa adquirió esa reputación?

—No sabría decírselo con certeza, pero muchos años; la anciana a la que me he referido decía que ya estaba encantada cuando ella la alquiló, hará entre treinta y cuarenta años. El caso es que mi vida ha transcurrido en las Indias Orientales y en el servicio civil de la East India Company.

»Regresé a Inglaterra el año pasado, después de heredar la fortuna de un tío entre cuyas posesiones se hallaba la casa en cuestión. La encontré cerrada y sin ocupar. Me dijeron que estaba encantada y que nadie quería vivir allí. Sonreí ante lo que me pareció un cuento absurdo.

»Gasté algún dinero en repintarla y techarla, añadí a su mobiliario anticuado varias piezas modernas, la anuncié y obtuve un inquilino por un año. Era un coronel retirado con media paga. Entró a vivir junto con su familia, un hijo y una hija, y cuatro o cinco criados: todos abandonaron la casa al día siguiente; y, aunque cada uno atestiguó haber visto algo distinto, ese algo era igualmente horrible para todos. En conciencia

no podía demandar, ni siquiera culpar, al coronel por incumplimiento de contrato.

»Entonces introduje a la anciana de la que he hablado, y la autoricé a alquilar la casa por apartamentos. Jamás tuve un inquilino que se quedase más de tres días. Omitiré sus historias; no hay dos inquilinos que hayan presenciado exactamente los mismos fenómenos. Es mejor que juzgue usted mismo a que entre en la casa con una imaginación influida por relatos previos; simplemente esté listo para ver y oír una cosa u otra, y tome cuantas precauciones quiera.

—¿No ha sentido nunca curiosidad por pasar una noche en esa casa?

—Sí; pasé, no una noche, sino tres horas a plena luz del día solo en esa casa. Mi curiosidad no está satisfecha, está extinta. No tengo deseo alguno de repetir la experiencia. No puede achacarme, ya ve, señor, el hecho de no ser lo bastante cándido y, a menos que su interés sea sumamente vivo y sus nervios excepcionalmente sólidos, añadiendo con toda honestidad que le aconsejo *no* pasar una noche en esa casa.

—Mi interés *es* sumamente agudo —dije yo—; solo un cobarde se jactaría de sus nervios

en situaciones que ignora por completo, pero mis nervios se han templado ante peligros de muy diversa clase, y tengo derecho a confiar en ellos incluso en el interior de una casa encantada.

Mr. J\*\*\* dijo muy poco más, sacó de su escritorio las llaves y me las entregó; y yo, tras agradecerle afectuosamente su franqueza y su cortés acatamiento a mi deseo, me fui sosteniendo mi premio entre las manos.

Sintiéndome ansioso por el experimento, tan pronto como llegué a casa llamé a mi criado de confianza, un joven de espíritu alegre y carácter intrépido, y tan libre de prejuicios supersticiosos como cualquiera que yo pudiese imaginar.

—F\*\*\* —dije—, ¿te acuerdas del chasco que nos llevamos en Alemania al no encontrar ningún fantasma en aquel viejo castillo donde se decía que rondaba un espectro sin cabeza? Bueno, pues me han hablado de una casa en Londres que, tengo motivos para esperar, está efectivamente encantada. Voy a dormir allí esta noche. Por lo que me han dicho, no cabe duda de que algo se dejará ver u oír..., algo quizá horrible en exceso. ¿Crees que si te llevo puedo contar con tu presencia de ánimo, pase lo que pase?

—Oh, señor; confíe en mí, por favor —dijo él sonriendo con regocijo.

—De acuerdo, aquí están las llaves de la casa; esta es la dirección. Ve ahora y elige para mí cualquier dormitorio que te plazca y, como nadie ha ocupado la casa desde hace semanas, enciende un buen fuego, airea bien la cama; asegúrate, por supuesto, de que haya velas y combustible. Llévate mi revólver y mi daga, con eso tengo bastante; y ármate tú mismo de igual modo. Y si no somos rival para una docena de fantasmas, no seremos más que una lamentable pareja de ingleses.

El resto del día lo dediqué a resolver unos asuntos urgentes, y no tuve apenas tiempo libre para acordarme de la aventura nocturna en la que había empeñado mi honor. Cené a solas ya muy tarde, y mientras cenaba leí como acostumbro. Escogí un volumen de los ensayos de Macaulay. Se me ocurrió pensar que me llevaría ese libro; por lo saludable de su estilo y por sus materias en torno a la vida práctica me serviría de antídoto contra las influencias de una imaginación supersticiosa.

Así pues, sobre las nueve y media guardé el libro en un bolsillo y salí paseando despacio hacia la casa encantada. Llevaba conmigo a mi perro favo-

rito: un *bull-terrier* muy perspicaz, valeroso y diligente; un perro al que le encantaba merodear de noche por rincones y pasillos espectrales en busca de ratas; un perro de perros para un fantasma.

Era una noche de verano, aunque fría; el cielo estaba un tanto lóbrego y encapotado. Había luna —tenue y desvaída, pero luna al fin—, y, si las nubes lo permitiesen, habría de brillar más pasada la medianoche.

Llegué a la casa, llamé y mi criado abrió con una jovial sonrisa.

—Todo bien, señor, y muy cómodo.

—¡Vaya! —dije un poco decepcionado—. ¿No has visto ni oído nada destacable?

—Bueno, señor, admito que algo extraño he oído.

—¿Y qué fue...? ¿Qué?

—El sonido de unas pisadas detrás de mí; y, una vez o dos, ruidos pequeños, como si alguien me susurrara al oído, nada más.

—¿No estarás asustado?

—¡Yo! ¡Ni una pizca, señor!

Y su mirada audaz me reafirmó en un punto que, pasara lo que pasara, ese hombre no me abandonaría.